

RENÉ-GUY CADOU

**El ángel que corre
por los campos**
Antología poética

Selección y traducción
ARIEL PÉREZ GUZMÁN

EDICIÓN BILINGÜE

DEDITORIAL
UINO
POESÍA Y POÉTICA

CADOU, RENÉ-GUY
EL ÁNGEL QUE CORRE POR LOS CAMPOS: ANTOLOGÍA POÉTICA / RENÉ-GUY CADOU;
PRÓLOGO DE ARIEL PÉREZ GUZMÁN. - 1ª ED. - CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES:
ARIEL LEONARDO PÉREZ GUZMÁN, 2018.
148 P.; 21 X 14 CM.

TRADUCCIÓN DE: ARIEL PÉREZ GUZMÁN.
ISBN 978-987-42-9784-6

I. ANTOLOGÍA DE POESÍA. I. PÉREZ GUZMÁN, ARIEL, PROLOG. II.
PÉREZ GUZMÁN, ARIEL, TRAD. III. TÍTULO.

CDD 841

Originales consultados:

Poésie la vie entière, de René-Guy Cadou (Edition Seghers, París, 1976)

René-Guy Cadou. Poètes d'aujourd'hui, de René-Guy Cadou (Edition Seghers, París, 1954)

© Herederos de René-Guy Cadou

© Posfácio: Herederos de Jorge Teillier

© Selección, traducción y prólogo: Ariel Pérez Guzmán

ISBN 978-987-42-9784-6

Impreso en Docuprint,
Haendel L3, Garín, Buenos Aires

Primera edición

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

© Editorial Duino

facebook: Editorial Duino

editorialduino@gmail.com

Tapa:

Trama libre a partir de detalle de *The First Book of Urizen*, plate 10 (1794),
grabado coloreado al acuarela de William Blake.

Prólogo

Condición de la Belleza: que esté en usted

Si algo sabía René-Guy Cadou es que la vida debe ser poesía, para brillar; que cada paso dado en el campo, cada lección de primeras letras entregada a un alumno, cada comida preparada junto a la mujer que se ama... debe ser poesía. Poesía es vida vivida y no un conjunto de palabras que forman versos. Y así un hombre intentará ser lo que debe ser, como decía Nietzsche.

Poesie la vie entiere es el título que llevó su poesía completa (y también el de uno de los poemas recogidos en esta antología), publicada después de su muerte prematura en 1951. *Poesía la vida entera* no necesita verbo: poesía y vida ya son una, no pueden separarse. La poesía no se construye, no se “escribe”, se derrama de la vida. Como anotaba su amigo y maestro, Max Jacob, en los *Consejos a un joven poeta*: “Sea un hombre permeable y no obstinado. Condición de la Belleza: que esté en usted”. O, en palabras de Jorge Teillier, admirador y traductor de la poesía de Cadou: “El poema no debe (como dice Archibald MacLeish) ‘significar sino ser’. Y de nada vale escribir poemas si somos personajes antipoéticos, si la poesía no sirve para comenzar a transformarnos a nosotros mismos, si vivimos sometidos a los valores convencionales. Ante el ‘no universal’ del oscuro resentido, el poeta responde con su afirmación universal”.

El camino ya había sido elegido por Cadou muy pronto, como François Seurel en *El gran Meaulnes*. Sus padres, maestros de la escuela rural donde creció, se lo habían indicado y René lo siguió por los pueblos del interior de la Bretaña francesa, dando clases en pequeñas aulas “encerradas debajo del jardín”, recobrando su infancia en la de sus alumnos. “Sus ojos dulces se posan/ En todo lo merecido/ Sabe que ya no está solo/ Que los niños se adelantaron/ Dentro de su propia vida”. Hoy, el nombre de Cadou no adorna el cartel de ninguna calle, ni los membretes de ninguna academia o sociedad de escritores. El tiempo, que ordena las cosas en el lugar que les corresponde, decidió que una escuela pública primaria de Sainte-Reine-de-Bretagne se llame René-Guy Cadou.

La infancia como lugar al que se debe regresar es uno de los principales temas de su poesía. La infancia y la muerte aparecen como los pocos momentos de verdad de una vida. En el prólogo a *Hélène o el reino vegetal*, escribió: “El poeta vive en una prisión de calles, de gente, de edificios, de bocinas, de platos rotos, de vientres abiertos, de lágrimas, de lluvias, de risas, de trenes cansados. (...) Estos poemas me llegan desde muy lejos de mí mismo, y les hablo de un mundo fugaz, inaccesible como pastos en llamas”.

Teillier, en su revista *Orfeo* (Santiago de Chile, 1963-1968), descubrió a Cadou para los lectores de este lado del océano. Él amaba a los poetas lárnicos, como los llamó, y Cadou fue uno de ellos. Lárnico como aquel que retorna y que habita en el mundo, por un tiempo de arraigo. “Los

‘poetas de los lares’—escribió Teillier— vuelven a integrarse al paisaje, a hacer la descripción del ambiente que los rodea. Se empiezan a recuperar los sentidos, que se iban perdiendo en estos últimos años, ahogados por la hojarasca de una poesía no nacida espontáneamente, por el contacto del hombre con el mundo, sino resultante de una experiencia meramente literaria, confeccionada sobre la medida de otra poesía”. Los poetas de los lares regresan a la tierra, a la aldea, y de ella sacan su fuerza. Y quizás ese retorno sea todavía más necesario hoy, cuando la vorágine de las ciudades y las pantallas, siempre ajena al hombre, esconde en su vacío cualquier posibilidad de la nostalgia.

Otro que descubrió los versos de Cadou, pero en tierra francesa, fue Julio Cortázar. En una carta desde París, el 23 de agosto de 1953, le dice a su amiga María Jonquières: “Me he sonreído mefistofélicamente ante tu entusiasmo por el cronopio Cadou. En alguna carta mía desde Italia debe haber largos párrafos que se te olvidaron, donde te hablaba de él. Ya me preguntas si lo conozco. *Tu parles!* Ahijuna si lo conozco, como que tengo varios libros suyos (dime si los quieres, tengo *Hélène*, *Usage interne*, y otras plaquetas) y los leo mucho”. En una carta anterior, del 13 de enero de 1953, le había dicho a Eduardo Jonquières: “Aquí me gusta mucho la poesía de René-Guy Cadou, que murió hace dos años (a los 30, creo). Un poeta de veras”.

Cadou nació el 15 de febrero de 1920 en el pequeño pueblo de Sainte-Reine-de-Bretagne, muy cerca de los esteros de Grande Brière, al oeste de Francia, y murió en Louisfert el 20 de marzo de 1951. Su vida y su poesía

crecieron en el Valle del Loire: “Vivo al ras de la tierra en los pastos salvajes/ Y uno mi boca amarga a la herrumbre del arado/ Inútiles las manos los gestos las palabras/ Solamente el canto áspero de los grillos”. El poeta de su tierra no quiso ir lejos, Louisfert está a sólo 70 kilómetros de Sainte-Reine-de-Bretagne. La muerte de su madre, el 30 de mayo de 1932, llenó de tristeza su primera adolescencia (“Ya sólo estamos nosotros dos en el desván/ Papá”). En 1936 conoció a Michel Manoll, quien más tarde lo introdujo en los principales círculos literarios franceses y le presentó a figuras del surrealismo como Max Jacob (con quien Cadou llevó una correspondencia regular, publicada, en parte, con el nombre *Esthétique de Max Jacob: lettres à René-Guy Cadou: extraits* 1937-1944) y Pierre Reverdy. Junto a Marcel Béalu, Michel Manoll, Louis Guillaume, Lucien Becker y Jean Rousselot, fundó el movimiento poético de *L' école de Rochefort* (que nació en el pueblo Rochefort-sur-Loire), del que Max Jacob fue padrino y consejero estético. A Cadou le recomendaba (además de “recetarle” constantes ejercicios rítmicos) ejercer una profesión, tener un trabajo: “Déjame decirte que ser vendedor de algo nunca ha impedido que un poeta sienta y escriba. Tengo un amigo sombrerero que ha hecho progresos en el arte y hoy, a menos que seas un zorro, no puedes vivir de la literatura (...) Es bueno ser tendero y poeta. También puedes ser recaudador de impuestos, inspector de hacienda, médico, con o sin clientes, sepulturero, novicio en un convento, publicista, encuadernador, agente de bienes raíces, banquero, fabricante de tuberías o

joyero, etc... y además poeta; no es un trabajo, es un regalo como la música”. Cadou, el maestro de escuela, ya había escuchado. Otro consejo de Jacob, esta vez a su “joven poeta”: “El tacto estriba en saber si el verso es sagrado o no. El verso sagrado se conserva a causa de su música, bella y no macarrónica –busque versos sagrados en la obra de Apollinaire: hay algunos–. El verso sagrado no está hecho a medias, es musical, eufónico, eufórico, brillante, y tanto es así que el campesino más humilde dice al escucharlo: ‘¡Qué bello es!’ , y no: ‘¿Qué quiere decir ésto?’”.

Cadou fue un gran lector de Apollinaire y publicó en vida dos ensayos sobre su obra: *Testament d'Apollinaire* (1945) y *Guillaume Apollinaire ou l'artilleur de Metz* (1948). Otros de sus poetas amados fueron Paul Verlaine, Serguéi Esenin y Jules Supervielle.

En 1937, publicó su primer libro de versos, *Brancardiers de l'Aube* (*Camilleros del Alba*), seguido de dos más antes de la guerra. Fueron pequeñas ediciones y plaquetas; y la crítica comenzó a catalogarlo dentro del surrealismo. Cadou sostuvo que se sentía más cerca de un “surromanticismo” que del surrealismo. “Llamaré surromanticismo –escribió en *Usage interne*, su libro de reflexiones sobre la poesía– a toda poesía que no olvide la emoción, que esté cerca de un paisaje único iluminado por el fuego. Y esto reducido a proporciones decentes, audible como una voz tan alejada del huracán romántico como de la rotura de platos surrealista”.

En 1940 fue movilizado como soldado y, durante la ocupación nazi, se unió a los poetas de la resistencia. La

muerte atroz de Max Jacob en el campo de concentración de Drancy en 1944, fue otra de las grandes tristezas de su vida.

En 1943 conoció en Nantes a la poetisa Hélène Laurent, su musa y, a partir de 1946, su esposa. Hélène, la que vive “en el aire como el olor del pan”, hasta su muerte en 2014, escribió ella misma una importante obra poética y preservó la de su marido. Muchos de los poemas de Cadou se han hecho canciones (Gilles Servat y Môríce Benin son sus principales intérpretes), como en nuestro idioma los versos de Antonio Machado, Miguel Hernández o Raúl González Tuñón.

A comienzos de 1950, ya maestro en la escuela de Louisfert, le diagnosticaron la enfermedad que se lo llevaría a los 31 años.

“Mi habitación es como la proa de un barco que corta las grandes olas del campo y sólo veo una línea de árboles inmóviles. Está abierta a la soledad y respira silencio. Nada distrae mi mirada acostumbrada a los pastos que se mecen. Nada escucho que no me sea familiar: el relincho del caballo sin herrar en el camino, el canto del gallo. Puedo entregarme entero a esta marea que crece y que golpea mi muñeca”.

Quien entra por azar en la casa de un poeta no sabe que los muebles se apoderan de él. Y la casa de Cadou sigue con las puertas abiertas.

ARIEL PÉREZ GUZMÁN

Nota a la traducción

El conocimiento de Cadou sobre rítmica y métrica era grande. Su intuición poética también. Sea que utilice verso medido o libre, sus poemas cantan. Busqué conservar esa musicalidad en las versiones, siempre que fue me posible.

Para intentar justificar aquello que tantos traductores de poesía han intentado justificar, nadie lo ha dicho mejor que Manuel Mujica Láinez, en el prólogo a su traducción de los sonetos de Shakespeare: “Un poema (me refiero, como es natural, a un poema verdaderamente poético) es imposible de traducir. Los ingenios que piensen que se trata de algo así como trasladar un perfume de un frasco a otro, de forma distinta, empleando un sutil embudo, se equivocan. La operación recuerda más bien a la famosa historia de Procasto, el que estiraba o cortaba a sus víctimas, hasta que ocupaban las medidas puntuales de su lecho. Más que la prosa, la poesía refleja, misteriosamente, la respiración espiritual de su creador. Y eso, ese ritmo íntimo cuya elaboración resulta de la correspondencia insustituible entre la idea y la palabra, es algo que sólo el autor de un poema puede producir, puesto que se trata de algo inherente a su propia esencia, y que el traductor no producirá jamás en la multiplicidad infinita de sus matices”.

A pesar de ser solamente unos pocos los poemas de Cadou traducidos y editados hasta ahora, la mayoría en antologías de poetas franceses o en revistas, han sido de gran ayuda las versiones de Jorge Teillier (*Revista Orfeo*, número 1, octubre de 1963 y número 6-7, junio-julio de 1964; *Libro de Homenajes*, Descontexto Editores, Santiago de Chile, 2015), Juan José Hernández (*Revista Fénix*, número 7, Córdoba, Ediciones del Copista, abril de 2000), Manuel Álvarez Ortega (*Poesía francesa contemporánea*, Madrid, Taurus, 1967), Enrique Moreno Castillo (*Dieciocho poetas franceses contemporáneos*, Barcelona, Lúmen, 1998), y Jacinto-Luis Guereña, traductor del único libro con una selección de poemas de Cadou publicado en español (*Soñada vida*, Madrid, Rialp, 1973).

AGRADECIMIENTOS

A Alejandra Kamiya por la paciencia y las soluciones ofrecidas. A Rodolfo Alonso y a Irene Amuchástegui por sus certeras marcaciones. A Horacio del Prado, Manuel Crespo y Pablo Puel, por haber revisado con dedicación las versiones. Y a Verónica Colombo, José Caballero, Ana Saidon, Rodrigo Besada y Cristian Chiesa por sus consejos y aportes de diseño y producción para el armado de este libro y los otros de la editorial.